

KONTAKIZUN IRABAZLE

ETA FINALISTAK

IV. Kontakizun lehiaketa

Bakardadeari buruz

RELATOS GANADORES

Y FINALISTAS

IV. Concurso de relatos

Sobre la soledad



IV. KONTAKIZUN LEHIAKETA

Bakardadeari buruz

IV. CONCURSO DE RELATOS

Sobre la soledad

INFORMAZIOA

Argitalpen honetan NAGUSILAN elkarreka bakardadeari buruzko “IV. Kontakizun Lehiaketan” aurkezturiko idazlan irabazole eta finalistak topatuko dituzu. Helburua adinekoen bakardadeari buruz sentsibilizatzea, idazketa eta irakurketa sustatzea eta nahi ez den bakardadearen inguruan herritarrok kontzientziatzea da.

INFORMACIÓN

Esta publicación contiene los relatos ganadores y finalistas del “IV. Concurso de Relatos sobre la soledad” convocado por la Asociación NAGUSILAN, con el objetivo de sensibilizar sobre la soledad de las personas mayores, promover la escritura y la lectura y concienciar a la ciudadanía sobre el tema de la soledad no deseada.

PRESIDENTEAREN AGURRA

Nagusilan Elkartearen izenean eskerrak ematen dizkiegu lehiaketan parte hartu duzuen guztiei eta baita epai-mahaiko kideei ere: Iñaki Villagrán (Presidentea), Enedina Sarmiento, Lurdes Lope eta Jokin Carames. Nagusilanen eta elkartea osatzen dugun boluntario guztien helburua nahi ez den bakardadeari aurre egitea da, eta kontakizun hauek horren isla dira. Gozatu irakurketarekin.

SALUDO DEL PRESIDENTE

En nombre de la Asociación Nagusilan agradecemos a todas las personas que habéis participado en el concurso, así como a las y los miembros del jurado: Iñaki Villagrán (Presidente), Enedina Sarmiento, Lurdes Lope y Jokin Carames. El objetivo de Nagusilan y de todas las personas voluntarias que la conformamos es combatir la soledad no deseada y estos relatos son un reflejo de ello. Deseamos que disfrutéis con su lectura.

Joserra Ecenarro Arriola
Nagusilaneko Presidentea
Presidente de Nagusilan

AURKIBIDEA / ÍNDICE

KONTAKIZUN IRABAZLEAK / RELATOS GANADORES

Soledades

Egilea / Autor: **Manuel Ruiz de Luzuriaga Peña** 9

Udazkena

Egilea / Autora: **Pilar Alonso Lasarte** 19

La silla que me escucha

Egilea / Autor: **Xabier Heredero Torres** 23

KONTAKIZUN FINALISTAK / RELATOS FINALISTAS

El banco de los recuerdos

Egilea / Autora: **Yolanda Cárdenas Medrano** 27

Quedarse

Egilea / Autora: **Nieves Gómez González** 33

Silenciosa soledad

Egilea / Autor: **Jose Angel Morales Quesada** 41

Elvira

Egilea / Autora: **Elena Oliva Gómez** 57

La calma deambula

Egilea / Autor: **José Manuel Pacheco Palacio** 67

A un ave que no voló

Egilea / Autora: **Milagros Pollán Rufo** 73

Para que no me olvides

Egilea / Autor: **Iosu San Martín Labairu** 79

Soledades

Manuel Ruiz de Luzuriaga Peña

Saria / Premio

EAE-n eta Nafarroan erroldaturiko pertsona nagusiak

Personas mayores empadronadas en la CAPV y Navarra

Modalitatea / Modalidad: **castellano**

Una hermosa mañana de comienzos de marzo, Saturnino Sagarminaga subió al vagón de la línea 7, que le dejaría en el cruce de la Quinta Avenida con la calle 42, justo al lado de su meta: la New York Public Library. El furgón estaba lleno de gente, todos extraños entre sí. Solía ir a la biblioteca una vez por semana para tomar alguna obra en préstamo y pasar el día en la Rose Main Reading Room, la preciosa y luminosa sala de consulta, donde se sumergía en un libro, acompañado de cientos de lectores desconocidos. Lo mismo que en el metro, la situación le recordaba un poco a la compañía de las ovejas que pastoreaba en su juventud: estaba rodeado de criaturas, le arropaban, le hacían compañía, pero no se comunicaba con ninguna.

Al llegar a su destino, subió las escaleras del edificio y se dirigió a la Rose Room, donde rellenó y entregó una papeleta solicitando el libro al que había echado el ojo en el catálogo y a cuya exploración dedicaría ese día. Se trataba de una antología de poesía vasca donde, en inglés y euskera, se recogían poemas de Bernardo Atxaga, Felipe Juaristi, Joseba Sarrionaindia, Ricardo Arregi, Miren Agur Meabe y Kirmen Uribe. Se titulaba *Six Basque Poets* y le venía bien

que fuera bilingüe: a veces, le costaba inferir el sentido de los versos originales en euskera y la traducción ayudaba.

Saturnino era alto y, a sus sesenta años, todavía conservaba bastante pelo, aunque transmutado en blanco el tono rubio de su juventud. Tenía unos ojos de color gris azulado en un rostro agradable, muy quemado por el sol y ahora surcado por unas leves arrugas que dulcificaban su expresión. Vestía una camiseta de los Knicks, unos vaqueros y zapatillas deportivas.

Había nacido en un caserío de Zerain, en Gipuzkoa, en el año 1958. Acudió a la escuela hasta los catorce años y, a partir de entonces, se dedicó a tiempo completo a las labores del caserío porque Manuel, su hermano mayor, había emigrado a los Estados Unidos y sus padres no podían con todo el trabajo. En 1978, en plena crisis económica, un desafortunado incendio se llevó el caserío y la vida de sus padres; a él le pilló cambiando el ganado de pastos y solo le quedó enterrarlos, malvender los restos de la hacienda y reunirse con su hermano Manuel en América.

Manuel estaba trabajando en un rancho en la zona de Boise, en el estado de Idaho, y pudo conseguir para Saturnino trabajo de pastor. Pusieron a su cargo un rebaño de tres mil ovejas que trashumaba del condado de Owyhee en invierno a los frescos pastos de los montes Sawtooth en verano. La soledad era abrumadora, aunque Saturnino —o Sasá, como empezaron a llamarle— no lo llevaba mal: siempre había sido tímido y poco sociable. Disfrutaba de la naturaleza, la compañía de ovejas, la amistad de sus perros y de la libertad que se respiraba en aquellos territorios vírgenes e incontaminados. Pasaban meses sin que viera a más seres humanos que el *camp tender* que, cada dos semanas, le llevaba suministros.

Saturnino pasó casi veinte años en estas labores y aprendió a sufrir y a disfrutar la soledad. En los años noventa, la situación cambió y la ganadería extensiva redujo el tamaño de los rebaños y la figura del pastor dejó de ser necesaria: las ovejas se trasladaban de pastos en camiones y todo se había tecnificado. Su hermano Manuel decidió ir a Nueva York a probar fortuna y Saturnino consiguió un nuevo empleo como guardia forestal de incendios —o *fire lookout*, como decían allí— en el Sawtooth. En cuanto a soledad y aislamiento, el pastoreo era los sanfermines comparado con el trabajo de vigilante de incendios.

Vivía en una torre de vigilancia de mayo a octubre y, aunque cada tres semanas podía disponer de unos días de permiso para bajar a la civilización, apenas los usaba. Los inviernos, cuando la nieve evitaba los incendios y hacía imposible el acceso a la torre, los pasaba en Boise donde, a pesar de existir una comunidad vasca muy potente, no conseguía relacionarse. La socialización con sus conocidos, antiguos pastores, pasaba por las visitas a los burdeles o a los bares de cerveza y *country*; Saturnino no se sentía a gusto en ninguno de los dos sitios y acabó aislándose cada vez más. Pasaba el tiempo en su apartamento, dedicado a la lectura y a ver la televisión, casi deseando que llegará el momento de reintegrarse a su trabajo.

Siempre había soportado muy bien, incluso preferido, los trabajos solitarios pero, últimamente, la soledad lo estaba matando. En el año 2020 recibió la noticia de la muerte de su hermano Manuel, que le había dejado en herencia algo de dinero y su apartamento de Nueva York, en Astoria, barrio de Queens. La Social Security le garantizaba mil doscientos dólares de pensión y, calculó que, junto al dinero de su hermano y sin tener que pagar un alquiler, podría sobre-

vivir en la Gran Manzana. Desechó vender su nueva propiedad y monetizar la pensión para volver al País Vasco: había perdido las raíces, no tenía conocidos ni familiares y sentía España mucho más extraña que los Estados Unidos. Pensó que la vida en Nueva York, una ciudad tan grande, habitada por gente procedente de todos los lugares del mundo, sería el remedio para su soledad: sería imposible sentirse solo entre tantos millones de personas.

Sin embargo, en los cinco años que llevaba en la ciudad no había logrado hacer amigos. Astoria estaba habitado, sobre todo, por griegos y latinos, muy corteses y amigables, pero que tenían sus propios círculos y familias, en los que era imposible entrar. Su entretenimiento seguía siendo la lectura, los paseos, las películas y series de televisión, y los partidos de los Knicks, siendo éste último el único dispensario que se permitía.

Volviendo al principio del relato, encontramos a Sasá en la biblioteca, donde esperaba pasar un día tranquilo, sumido en la lectura. Cuando le entregaron el libro solicitado, dio las gracias al encargado, y se dirigió a buscar un espacio libre en las largas mesas que constituían el espacio de lectura. Al abrir el volumen, notó que alguien había dejado un marcapáginas: era un trozo de cartón blanco, con un pequeño dibujo en la cabecera, En el cuerpo del marcapáginas, estaba escrito a mano lo siguiente:

Abiatzen dena ez da egundo inon geratuko?

Ala itzuliko da?

Baina, itzultzen dena abiatu zen lekura itzultzen da ala?

[El que parte, ¿no se asentará nunca en ningún sitio? / ¿O volverá? Pero, si vuelve ¿el lugar del que partió será el mismo?]

Saturnino sintió como un mazazo. Nunca le había impresionado tanto un poema. Nunca había sentido que unas palabras pudieran expresar con tanto tino lo que él mismo había sentido: la angustia de no pertenecer a ningún sitio.

Localizo los versos en el libro: eran de Joseba Sarriónaindia, otro exiliado, aunque por motivos distintos a los suyos. Se entretuvo navegando entre los poemas de la antología. No conocía demasiado la poesía vasca pero, últimamente, había dado en leer a los poetas euskaldunes más reconocidos. Imaginaba que la persona que había escrito esos versos en el marcapáginas era alguien a quien el extrañamiento le pesaba como una losa y, justo cuando ese pensamiento tomaba forma en su mente, encontró en el libro los siguientes versos de Bernardo Atxaga:

*Bakardadea ez da hutsunea,
baizik eta nire barruko oihartzuna.
Besteen isiltasuna entzuten dudanean,
nire ahotsa entzuten dut barruan.*

[La soledad no es el vacío, / sino el eco dentro de mí. / Cuando escucho el silencio de los otros, / escucho mi propia voz por dentro.]

Le pareció que estos versos reflejaban algo que había pensado, que le ayudaba a seguir adelante siempre y, casi sin pensarlo, los escribió en el marcapáginas, a continuación de los de Sarriónaindia.

Estuvo entretenido unas horas navegando por los poemas del libro y, al caer la tarde, salió de la biblioteca y se encaminó hacia la Séptima Avenida. Los Nicks jugaban en el Madison Square Garden contra los Angeles Lakers a las 19:30

y tenía entrada para el partido. Animaría a su equipo, junto a miles de personas que no conocía.

A la semana siguiente, volvió a la biblioteca. Decidió pedir el mismo libro. Cuando se lo entregaron, allí estaba el marcapáginas, solo que con algunos versos más:

*Bakarrik nago, baina ez naiz bakartia.
Itsasoa lagun dut,
eta haizeak dakar zure izena.*

[Estoy solo, pero no soy un solitario. / Tengo por compañera al mar, / y el viento trae tu nombre.]

Eran unos versos de Miren Agur Meabe; aunque Saturnino los conocía, porque los había leído la semana anterior, le hicieron saltar las lágrimas. Decidió poner a continuación un poema de Gabriel Aresti; no estaba en la antología, pero siempre había sido uno de sus favoritos.

*Nire herria, nire hiria,
bakardade handi bat da.
Eta ni, bakarrik,
kalean nabil.*

[Mi pueblo, mi ciudad, / es una gran soledad. / Y yo, solo, / ando por la calle]

El juego continuó durante dos meses y cuatro marcapáginas. Se sucedieron estrofas con la soledad como protagonista. Sasá incluyó algunos versos en castellano y su antagonista algunos en inglés. Alguna vez pensó en proponer una cita a su oponente, pero le pudo el miedo a romper la magia que había puesto algo de color en su gris rutina. Un viernes de finales de mayo, encontró el siguiente mensaje:

*“I’m Nobody! Who are you?
Are you Nobody too?”*

Thursday at noon under the arch in Washington Square Park, holding a poetry book.

[¡No soy Nadie! ¿Quién eres tú? / ¿Eres tú también Nadie?]

[El jueves al mediodía bajo el arco del parque Washington Square, con un libro de poesía en la mano.]

A Saturnino se le nubló la vista: era la primera vez en su vida que tenía una cita. Ni que decir tiene que pasó una semana roído por los nervios, ponderando si comprarse ropa y zapatos, y dándole mil vueltas a la idea de quién sería su misterioso y poético corresponsal. Podría ser desde un jovencito aburrido a una prostituta con imaginación para la caza de clientes, pasando por la cámara oculta de algún tik-toker. No obstante, la sensibilidad mostrada en la elección de los versos le hacía desechar estas negras ideas.

Por fin llegó el jueves y Sasá decidió ir lo más natural posible, con sus deportivas Adidas, sus vaqueros Levi's y una discreta camiseta de los Knicks. No se encontraría a gusto vistiendo un traje y, además, no sería él.

Entro en el parque, se fue acercando al gran arco de triunfo central y, enseguida, vislumbró a una mujer de su edad, con melenita rubia, que vestía deportivas, vaqueros y camiseta y que portaba un libro entre sus manos. Supo que tenía que ser ella.

Se llamaba Maja Novak y, efectivamente, era la persona con la que había estado intercambiando versos sobre la soledad los dos últimos meses. Era casi tan alta como él, delgada pero fuerte, con ojos de color ámbar. Maja era eslovena y, aunque entendía el euskera y lo hablaba un poco,

decidieron conversar en inglés, que ambos dominaban con soltura. Maja había nacido en Eslovenia en 1962. Se doctoró en Física y daba clases e investigaba en la Universidad de Liubliana cuando, en 1988, consiguió una beca para el MIT. Allí conoció a Iñaki Munibe, natural de Goizuetako herriko lehiozalea y de su misma edad y que, como ella, trabajaba en óptica cuántica. Él fue quien le enseñó el euskera. Se casaron en 1990 y, lo que parecía un prometedor futuro juntos, científico y familiar, se truncó en un fatídico accidente de automóvil en el que perdieron la vida Iñaki y el hijo que esperaban.

Maja cayó en un profundo abismo del que solo consiguió salir abismándose de modo absoluto en sus trabajos de investigación. Renunció a cualquier compañía y a toda actividad social, usando la soledad como bálsamo para su pena. En 1995 consiguió una cátedra en la Columbia University y se trasladó a Nueva York, donde continuó su trabajo. Llegó a ser considerada una de las mayores autoridades mundiales en su campo, pero le abrumaba la fama y la notoriedad: acabó renunciando a figurar en los artículos como autor principal o de correspondencia, cediendo ese privilegio a sus subordinados, que fueron los que se llevaron la fama.

Al cumplir los sesenta y dos años, solicitó la jubilación. Todavía no había sanado de la inmensa herida que le causaron la pérdida de su marido e hijo, y no conseguía salir de su aislamiento, buscando la soledad como una protección contra su dolor. Tampoco tenía raíces ni familia en su lugar de nacimiento y no se veía volviendo a Eslovenia.

Saturnino y Maja se relataron sus vidas, expusieron sus respectivas trayectorias vitales e intercambiaron sus soledades y extrañamientos. El tiempo se les pasó volando. Encargaron algo de comida en un puesto ambulante de comida

vietnamita y la compartieron sentados debajo del arco del Washington Square.

Saturnino seguía hipnotizado el relato que le hacía Maja, y Maja atendía encantada las explicaciones de Saturnino. Tan distintos y sin embargo, hermanados en sus soledades, sus lejanos orígenes, su afición por la poesía y el euskera y, para que no faltara nada, Maja también era seguidora de los Knicks.

Caía la oscuridad y el parque empezaba a vaciarse. Saturnino no sabía como rematar un día tan hermoso: temía que, si le proponía a Maja ir a cenar, pasear juntos, o verse otro día, se rompería la magia del encuentro.

Fue la propia Maja quien destruyó el ilusionante castillo de naipes que se había ido formando en la mente de Saturnino. Le abrazó, le besó en la mejilla y le dijo que había sido una jornada maravillosa y que abandonaría este mundo con un grato recuerdo. Había decidido quitarse de en medio, porque ya no podía con su carga de tristeza y soledad. Le rogó que se abstuviera de pretender disuadirla y de intentar localizarla. Saturnino, con lágrimas en los ojos, le devolvió el abrazo, la besó a su vez y, dándose la vuelta se alejó, pensando que una soledad no podía curar otra soledad.

Las semanas siguientes, Saturnino no acudió a su cita con la New York Public Library: el recuerdo de Maja y la maravillosa jornada pasada junto a ella le producían una tristeza tan grande que decidió prescindir de sus visitas semanales a la biblioteca.

Sin embargo, un jueves de finales de junio, Sasá volvió. No pudo evitar pedir el mismo libro. Rellenó la ficha con los datos de **Six Basque Poets** y esperó a que el encargado le trajera el tomo.

El corazón casi se le sale por la boca cuando observó que había un marcapáginas nuevo y en él estaba escrito lo siguiente:

Oraindik hemen nago

[Todavía estoy aquí]

Debajo estaban anotados un número de teléfono y una dirección del Upper West Side.

Parece que, algunas veces, una soledad si puede derrotar a otra soledad.

.....

Udazkena

Pilar Alonso Lasarte

Saria / Premio

EAE-n eta Nafarroan erroldaturiko pertsona nagusiak
Personas mayores empadronadas en la CAPV y Navarra

Modalitatea / Modalidad: **euskera**

Orain, idazketaren gozamena aurkitu dudanean, atsegingarri zait irudimena askatu eta nire barrenak hustea.

Bakardadeari buruz idazteko eskatu didate, baina lortuko al dut?

Goizean jaiki orduko sumatzen dut nire ondoan dagoela, lasaitasuna emanez. Oroitzapenen lagungarri zait bakardadea. Bakardadea, zein hitz sakona den!

Ilea urdindu zaidanez, zaharra naizela esateko eskubidea irabazi dudala erantzuten diet horrelakorik ez esateko esaten didatenean. 80 urterekin ezin baldin badut arro esan zaharra naizela, noiz orduan?

Badirudi, bakardadea, tristuraren eta zahartzaroaren sinonimoa dela; eta ez da horrela. Garapen pertsonalerako garaia aparta dela deritzot. Gazte denboran, denbora faltarenengatik edo beste zerbaitengatik egin ez nituenak orain egin ditzaket. Nire irudimena geldiezina dela iruditzen zait. Nire burua hobeki ezagutzen dudala sentitzen dut, eta, naizen bezala, nire burua onartzen ikasi dut.

Atzera begiratzen dut maiz. Oso lotsatia izan naizelako. Oso. Eta gaur badakit, nire nortasunaren beste ezaugarri

bat dela, besterik ez. Eta ez diodala aurka egin beharrik. Kezkarik gabe, lagunekin eta bizitzarekin disfrutatu, eta kito.

Beti atsegina izan dut abestea. Inoiz ez dut abestu kanpoan, etxean bakarra. Nire bakardadearen giltzaduretan aritzen nintzen. Nire gelaren bakardade gorrian. Uste izaten bainuen nire ahotsak ez zuela balio; txarra zela. Gaur egun, begira zer diren gauzak, nire auzoko taldearekin abesten dut. Kalez kale ibiltzen gara kantatzen. Ni bezalako hainbat adinkiderekin batera nabil. Eta badirudi belarri fina dudala. Eta nire ustezko ahots kaxkarra ez dela uste bezain txarra.

Bestalde, gogoko dut etxean bakarrik nagoenean margo-tzea. Isiltasunaren atzaparretan, pinturak hartu, atril gai-nean ohola jarri, eta oharkabean orduak eta orduak igaro ditzaket marrazten, edo teknika berriak burutzen. Adibidez, atzo, Pouring teknikarekin hasi nintzen jolasten. Beharbeta, zikin samarra da; mihisean akrilikopintura isuri eta maneiatu behar izaten delako. Baino kamiseta zahar bat jantzi eta aurrera egiten dut. Oso atsegina da.

Irribarre gozo bat datorkit nire ezpaineretara eskolako egunak gogoratzen ditudanean. Neskato txiki haren pozak nire oroitza xixtatzen du aldiro. Umezaroko paisaiaren bidexketan, estratan gora zebilen neskatoaren ibilera. Berdin zitzaion elurrez edo lohiez beterik egotea bideak, beti pozik eta alai ibiltzen zen, bere liburuxkak galtzarbean hartuta, beste baserrietako mutikoekin bide erdian elkartuz.

Negu gorrian, Santa Ageda bertsoak buruz ederki ikasita, baserriz baserri joaten ginen eskolako umeak. Batzuetan, elurra gerriraino heltzen zitzaigun, eta blai eginda aritzen ginen kantari. Hurritz makila eskuetan, kunka eta kunka. Noski, ez genuen gaur egungo arropa termiko eta oinetako dotorerik, eta ala ere pozez txoratzen genbiltzan.

Lehenengo baserrian etxeko jaunari abesten genion, hurrengoan, berriz, etxe koandareari. Horrela egiten genuen baserrietako buelta etxez etxe. Eta arratsaldean, berriz, herrira iristen ginen. 6 km genituen oinez. Eta alkatearen etxera joaten ginen lehenbizi. Han abesten genion txintxo demonio, eta aurreraxeago, abadeari. Denak ematen zizkiguten gozoren batzuk, intxaurrak eta horrelakoak. Gero berriz, atzera buelta 6 km, eta eskolara.

Orain hirian saiatzen gara euskal usadio zaharrak mantentzen, eta kalez kale ibiltzen gara Santa Ageda kantak abesten. Jende asko elkartzen gara eta giro alaia sortzen ahalegintzen gara; eta lortzen dugulakoan nago.

Gaur gaztaina erre saltzailearen ondotik igarotzerakoan, gozotasun hori usaintzerakoan, oroimenaren zaporeak blaitu nau berriro ere. Nire bihotzaren taupadak azkartu eta eztanda eginez. Sumatu dezaket danbolina nire eskuaren erritmora gaztainak jira eta bira dituela. Baita gaztainadian gure irrienhotsak gaztainak biltzerakoan. Gure osabak, gaztainondora igota, haga luze batekin adarrak astintzen, eta gu, behean algaraka, matxardak eskuetan eta gaztina-morkotsak biltzen. Geroxeago gurdi gainera bota eta baserriraino eramaten genituen. Han kanpoan pilatu, pixka bat estali, eta zenbat afari goxo eginen genituen. Noski, berezi egin behar izaten ziren gaztainak. Latzak etxerako gorde eta inurriak aziendarako.

Egun hauetan kurriloei begiratzen diet, eta inbidia ematen didate. Beti hegatzeko irrikaz egon naiz. Leihoko-xokkan usapal bikote bat etortzen zait eta hor egoten naiz, nola hegatzten diren begira. Askotan amesten dut hegan egin dezakedala. Zerua zeharkatzen dudala, hodeietan atseden hartu, pagoaren adaburuan kokatu, eta argiari heltzen diodala.

Ametsetan nagoenean, nire gorputzak bere zama askatzen du, arnasa sakonki hartzen dut, eta gorantz noa. Zirroragaria da. Ezin dut deskribatu sentsazio hori.

Azken aldi honetan nire hegaldiak bukatu direla dirudi. Ez dut hegaldiarekin ametsik egiten. Asmo horrekin etzaten naiz egunero, baina alferrik da, ez dago modurik. Agian bihar eginen dut hegan berriro.

Kolorez gainezka dator udazkena.

Hirian urkiak hasi dira oritzen eta kolore dotorez jantzirik daude. Eta nik gogoko dut lurrean sakabanatzen dituzten hosto artean paseatzea, adar arteetatik sartzen diren eguzki izpiak laztantzea, eta bakardadearen konpainiarekin, kontaketa xume hau idaztea.

.....

La silla que me escucha

Xabier Heredero Torres

Saria / Premio

Nagusilaneko voluntarioak

Voluntarios de Nagusilan

Modalitatea / Modalidad: **castellano**

El sol entra por la ventana con la osadía de quien no sabe que aquí dentro el tiempo ya no corre: se arrastra.

Sus rayos atraviesan las rejas como si buscaran mi piel, pero cuando llegan hasta mí, solo encuentran el frío del metal. Hace tiempo que el calor dejó de pertenecerme; quizás se quedó en algún verano de juventud, o en la sonrisa de alguien que ya no recuerdo bien.

La silla sobre la que estoy sentado tiene alma, o eso me gusta creer. A veces le hablo, otras veces solo la escucho. Cruje, suspira, me responde con sus ruedas cansadas.

Ella me sostiene sin reproches, y en ese gesto silencioso encuentro más cariño que en muchas manos humanas. Su hierro está helado, pero entre sus tornillos y el cuero gastado vive mi única certeza: que mientras ella resista, yo seguiré existiendo.

Frente a mí, la ventana. Tras ella, un jardín que florece sin mí. Los árboles, altos y altivos, parecen no saber que aquí dentro también hubo vida alguna vez. Veo cómo el viento sacude las ramas y las hojas caen, lentas, resignadas, como si entendieran el peso de dejarse ir. Las contemplo y me

reconozco en ellas. Cada hoja es un año, una palabra, un beso. Caen, y con ellas caigo yo un poco más, mientras mi reflejo se apaga en la baldosa que brilla frente a mis pies.

Miro alrededor... y un ejército de cabellos blancos y miradas vacías me rodea. Somos un bosque de troncos viejos, y nuestras arrugas son los anillos que marcan los inviernos que sobrevivimos.

Cuando alguien tose, el silencio se rompe, y todos giramos la cabeza como si el ruido nos recordara que aún estamos vivos. En los pasillos, los pasos del personal suenan como relojes. Cada tacón que resuena en el suelo marca una hora que no nos pertenece. A veces los oigo reír allá lejos, en el comedor, y me pregunto si recuerdan que aquí dentro hay corazones que laten despacio, pero laten.

Por las noches, cuando el mundo se duerme, la soledad se sienta conmigo. Tiene el tacto frío de la silla y el perfume rancio del tiempo. Me habla en voz baja, me cuenta historias que se parecen a las mías.

Yo cierro los ojos y trato de recordar la voz de mi mujer, la de mis hijos cuando eran pequeños, el sonido del mar aquél verano en Getaria..., pero todo llega envuelto en niebla. El pasado se ha vuelto un cuadro que miro desde el otro lado del cristal.

Recuerdo cuando tenía fuerza en las piernas y el alma me ardía de ganas. Trabajaba, reía, discutía, soñaba... Había días que el sol me quemaba la piel, y ahora pagaría por sentir aunque fuera un solo rayo más.

Pero aquí dentro el sol entra mudo, como una postal que no se puede tocar. Los años me han ido pelando el alma, dejando solo lo esencial: la memoria, el cansancio y la espera.

En el comedor, las cucharas suenan como relojes. Cada sorbo de sopa es un compás del mismo vals; comer despacio, mirar el plato, y volver al silencio. De vez en cuando alguien se duerme sobre el puré, y una enfermera lo despierta con dulzura. Todos nos miramos con una mezcla de ternura y miedo, porque sabemos que mañana podría ser cualquiera de nosotros.

En las paredes, los relojes no avanzan, giran. Vuelven siempre al mismo punto, como la vida aquí dentro.

Algunos rezan, otros miran al vacío, yo miro mi reflejo en el suelo, y en las grietas del azulejo encuentro los restos de todo lo que fui. Cada baldosa guarda un recuerdo: la boda, el nacimiento de mis hijos, los amigos que ya no están, las manos que se soltaron demasiado pronto. Todo eso cabe aquí, entre el metal de la silla y el sonido del viento que entra por la ventana.

Cuando llega el otoño, el jardín se llena de hojas muertas que el viento arrastra como almas sin cuerpo. Las observo desde mi rincón, y siento que son los nombres que ya no pronuncio; los compañeros que se fueron una noche sin avisar, dejando la cama vacía, como si el amanecer no tuviera sitio para ellos.

Aquí la muerte no grita, susurra.

Y sin embargo, cada vez que un alma se va, el silencio pesa un poco más.

Hoy el cielo está limpio, y el sol cae sobre los barrotes de mi ventana como una promesa que no se cumple. He alargado la mano, como de costumbre, como si todavía pudiera alcanzarlo, pero el aire que toco está helado, y el calor se queda afuera, con los gorriones. Solo la silla, mi fiel compa-

ñera, me responde con su suspiro metálico.

Ella sí entiende mi idioma. Ella también envejece conmigo, se oxida conmigo...

Si tuviera voz, sé que me diría: “tranquilo, no estás solo mientras yo te sostenga”.

Y entonces sonríó porque, aunque la piel se marchite, aunque el corazón se esconda bajo las mantas del miedo, todavía hay algo que respira dentro de mí. Algo pequeño, como una brasa escondida entre cenizas, que me recuerda que la vida, incluso aquí, todavía tiene latido.

Y cuando cae la última hoja del árbol del jardín, cierro los ojos. No para dormirme, sino para imaginar que vuelo con ella, porque quizás, allá donde van las hojas, el sol no tenga rejas, y el calor sea de todos.

.....

El banco de los recuerdos

Yolanda Cárdenas Medrano

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Es una de esas tardes que invitan a reír.

Recuerdo tus manos, suaves y delicadas. Y el color profundo de tus ojos color miel. El sol acaricia tibio la tarde de otoño y pienso que es demasiado hermoso para pensar en morir.

Sin embargo, la muerte está allí, acariciando mi recuerdo, como una flor negra y sin esperanza.

Extraño tu voz y me duele tu ausencia, todavía más, ahora que mis pies se han cansado de andar, y mi cuerpo, antaño deportista consumado, anhela el sofá, la cama y el reposo.

Tu recuerdo viene y se va por momentos. Tu joven voz de los primeros tiempos es la que más me visita. Viene a mí dulce y pausada, como la de mi madre, como la voz de papá en medio del bosque, a la vera, en el camino a casa.

Y es la más fácil de recordar, como si fuera ayer. Esta memoria mía que recuerda tus palabras de veinte años atrás y olvida lo sucedido hace dos días.

Esta casa esconde por las esquinas los ecos de tus palabras, las voces de los niños, los niños que ya no están, que nunca volverán. Esos niños que amaste y acunaste contra tu pecho, esas manos diminutas, gordezuelas, enroscadas en tu cabello negro.

Recorro por días los pasillos fríos, olvidados, buscando la tibiaza de tus pasos.

- "Matías – me dices- el desayuno está servido, ven pronto amor o llegarás tarde"

Mi cerebro camina deprisa – "Allá voy amor, llevaré a los niños al cole"

Y voy, con la chaqueta marrón que tanto te gusta, el pantalón claro a juego con los zapatos, a buscar los niños al salón.

Llego al salón y me reciben los sillones vacíos. Y este silencio muerto, que me grita que no estás.

Entonces veo mis manos, arrugadas y tristes. La juventud partió hace tiempo, me abandonó la muy ingrata, sin remordimiento, para siempre.

Tú ya no estás y los niños tampoco.

De vez en cuando vienen los nietos, esos pequeños pececillos escurridizos, cargando sus mochilas y con sus teléfonos adheridos a sus manos. No preguntan, apenas abrazan, no juegan, no gritan.

Cuánto extraño la algarabía de nuestros hijos, los gritos, los chillidos, las peleas. El sofá sucio y el piso manchado de barro.

Tus hijos me visitan no sé cuándo, olvido a veces que han venido y los regaño al día siguiente. Cada vez su ausencia se hace más latente debido a mis olvidos. Me recuerda su presencia una bolsa de pan. Me traen ese pan que tanto te gustaba, o mandarinas, y a veces esos chocolates que me tienen prohibido comer.

“Mira cariño, el sol del atardecer ha pintado de arreboles naranjas, rosados y rojos el cielo. Cerca de mis pies han llegado a tientas, las hojas de otoño del árbol del jardín. Me he sentado en nuestro banco con la ilusión de cerrar los ojos, y al abrirlos sentir tu mano acariciando la mía - Es otoño te diría - vayamos a la ribera del río a dar un paseo, o por unas tapas al bar del puerto”

Suena esa canción antigua que cantamos en República Dominicana, cuando fuimos de vacaciones. Los nietos la llaman canciones de viejos, pero su letra me trae al corazón la alegría del primer beso, del primer abrazo, la primera flor de tu jardín diminuto en la terraza. El primer hijo y el último casamiento.

La canción sigue tocando y me he levantado a caminar. Siento que este jardín ha cambiado, no veo el limonero que plantamos hace muchos años. La memoria me juega malas pasadas y me siento un extraño en mi casa.

Si te pudiera hablar, te gritaría, pero sé que no estás. Como un puñal afilado, esa es la única certeza que me acompaña.

Camino. Los pies me fallan un poco, he olvidado los años que me acompañan y no los culpo por quejarse. Una vuelta por el pasillo, que siempre me parece desconocido y otra vez a mi cama.

Tengo tu foto en la mesilla de noche, y sobre la cajonera antigua las fotos de los hijos. Confundo a tus hijos, te reirías si me escucharas. Cuando los veo no recuerdo sus nombres, pero cuando me abrazan los siento míos. Pienso que la gente debería abrazarse más, los abrazos rara vez se olvidan.

Ya no está nuestra cama, tampoco tengo las fotos en papel. Están guardadas en algún lugar donde mi memoria no alcanza a llegar. Pero aún guardo tu rostro, escondido en la habitación de la alegría, allá donde reposan las cosas que más amo y dónde te busco cuando estoy triste. He guardado las promesas que te hice, la noche del nacimiento de nuestro primer hijo, tus manos en las mías en tu último adiós, los besos de mi madre y el último abrazo de papá. Es mi habitación secreta, allí vuelvo a ser un niño, vuelvo a ser joven y te quiero.

Celebramos mi cumpleaños hace días, exactamente no sé cuántos. Trajeron un pastel de fresa y soplé unas cuántas velas. Les pedí que no me digan la edad que tengo, no es por vanidad. Cuando escucho los años me asombro todavía de estar vivo.

Después se fueron, la familia se fue y me quedé con tu recuerdo.

A veces oigo risas, no sé de dónde vienen, pero las oigo. Y pienso que el tiempo no ha pasado, que he podido entrar en un agujero de gusano, de esos donde se viaja hacia atrás, para revivir los momentos felices. Cierro los ojos y te veo. Tus ojos color miel, tus mejillas rosadas, tu pelo negro y la primera cana.

Entonces mi corazón se alegra. Fui como el campesino que planta su huerto de hortalizas, que siembra su viñedo y recoge una buena cosecha.

Llegué este mundo a sembrar con amor, ilusión, una familia. En el transcurso del tiempo me cansé, sufrió, me agoté. Hubo días de lluvia donde perdí la cosecha, días de nublado, días de granizo, pero también hubo días de sol, de primavera. Y no lo hice solo, tuve la mejor ayuda que pude encontrar.

Estabas tú, y fue mi recompensa.

Pero las risas se van, por mi ventana miro el anochecer y los rayos agonizantes del sol, que también se van, esquivos y con promesas. Alguien viene por el pasillo

-Matías, todavía despierto.

Pienso que esta chica se ha equivocado de casa, quién sabe. Me parece conocida. Me dejó llevar como todos los días, entra y me ayuda a poner el pijama. Me habla del buen tiempo que hace, de la buena temperatura y de lo majos que son mis hijos. No hablo. Hay cosas que ya no importan. Me recuesto y la amable chica me deja arropado como si fuera su hijo.

Afuera es otoño.

Comienza a hacer frío cariño, y yo, necesito un abrazo.

.....

Quedarse

Nieves Gómez González

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Solo podía ver su perfil afilado, descarnado. Desde mi llegada, hacía ya unas dos horas, permanecía tumbada en la cama sin cambiar de postura. Solo de vez en cuando, abría el ojo que no quedaba oculto entre el almohadón bordado y el cojín de ganchillo donde reposaba su cabeza, y me miraba. Poco, parecía que no quisiera, que lo hacía obligada por puro compromiso: el de la relación que nos unía.

Yo le hablaba, sobre todo de mis hijos. Había elegido ese tema por no contarle de mi situación, aunque parecía que ella fuera capaz de descifrarla en mis gestos, en mis silencios, mis ojeras y mi descuidado aspecto. Pero aún así, por prudencia o por vergüenza, preferí la conversación ligera y obvié la importante.

Para cogerle la mano, tuve que buscarla bajo las mantas que la cubrían y no parecían molestarla, a pesar de ser bien entrada la última quincena de julio y de aquel calor sofocante que se pegaba en las casas y en los patios, por frescos que estos fueran, deshacía en sudor los cuerpos y empapaba las ropas como si fueran esponjas.

Me sorprendió la sensación al tomársela. Una colección de huesos sostenidos por una piel con manchas, eso era su mano. La misma que me había cuidado desde bien niño, hasta que salí de aquella casa para ganarme una vida que

pensaba encontrar lejos, sin darme cuenta de que al irme, lejos de ganar, era mi vida la que estaba empezando a perder.

—Es el final —pronunció con voz ronca, sobresaltándome, pues me había acostumbrado a su silencio y ya no esperaba que dijera nada.

Y yo volví a lo de siempre, a que en una semana se sentiría mejor, que recordara las otras veces, que siempre decía lo mismo y luego llegaba la mejoría. Que era fuerte. ¿O acaso no había podido siempre con todo?

Me miró de nuevo con aquel único ojo disponible.

—Esta vez sí es el final —zanjó —y no supe qué contestarle pues carecía de argumentos. O mejor, porque mirándola, solo encontraba aquellos que corroboraban su opinión.

En la mesilla, junto al vaso con agua y un pastillero rosa repleto de auténtico veneno de colores en pedacitos, que prometía sino curarla, al menos mejorarla, hacían guardia dos estampitas del Sagrado Corazón de Jesús y un escapulario de la Virgen de Triana. Mientras los miraba, me pregunté cuánto estarían ayudándola.

Mantuvo la mirada, casi desafiante. Lo interpreté como un aviso para que no le llevara la contraria.

Como se me hacía muy violento aquel silencio, volví a la conversación que a buen seguro, ni necesitaba ni quería. Y le hablé del trabajo, quizás el tema menos oportuno, pero sí el único que se me ocurrió en aquel momento.

Le conté las noches sin apenas descanso recogiendo pasajeros desde la terminal T4 y distribuyéndolos por Madrid. Las alegrías que daban las carreras largas, la generosidad de algunos clientes que te arreglaban el día con sus propi-

nas, el buen rollo con los compañeros y todo aquello que creí, no sé si con buen criterio, colocaría mi trabajo en una situación ideal, envidiable. Para qué hacerle sufrir con las pequeñas luchas diarias de un taxista. Para qué contarle que desde que María me pidió el divorcio y tuve que salir de casa, el taxi se había convertido en mi vida, pues era lo único que me quedaba. Que escuchara mi mejor versión y viera mi escaparate. De mis sótanos ya me encargaría yo.

Callé convencido de que se había quedado dormida. Solté su mano, volví a cubrirla con las mantas y salí de la habitación haciendo el menor ruido posible. No era fácil, aquellas tablas del parquet, crujían allá donde pisaras casi tanto como brillaban, pulidas por la cera y el paso del tiempo.

Desde la cocina llegaba el olor de un café recién hecho que me condujo a tientas por el pasillo en penumbra, como quien busca la salida de un laberinto. También sonaba la radio muy difuminada, y se oía el trajín de cacharros y cubiertos en el fregadero. Era mi prima que al igual que yo, aparecíamos cada cierto tiempo por aquella casa haciendo nuestra visita de cumplido. Porque a fin de cuentas eso eran, encuentros cada vez más breves, que solo servían para mantener a raya nuestra culpa.

—No es nuestra madre —afirmábamos para darle mayor énfasis a nuestra descarga de conciencia, olvidando que siempre la llamamos mamá, aunque no lo fuera, y olvidando también que nos había criado, cuidado y querido como si nos hubiera parido.

Pero una cosa es lo que decíamos y otra diferente lo que sentíamos, al menos yo.

Tomé un café bien cargado y di por terminada la cita semanal. Apoyado en el marco de la puerta de su cuarto, sin arti-

cular palabra, le dije adiós. Me fijé en el fino relieve que de su cuerpo se perfilaba bajo la ropa de cama y recordé que la semana pasada era más pronunciado. Creí sentir que se desdibujaba por momentos.

Monté en el taxi y me fui. Tenía por delante los más de trescientos kilómetros que separan Jaén de Madrid. O lo que es lo mismo algo más de tres horas para olvidarme de lo que se quedaba allí, como si tuviera dos vidas y cada una naciera donde moría la otra. Por eso, a medida que tomaba distancia e iba quedando atrás el olor de los olivos que impregnaban el ambiente, el paisaje e incluso a los actores que lo dotaban de vida, volví a sentirme mejor. La sensación de haber cumplido, de saber que no la dejaba sola como otras veces y la urgencia de mis propios problemas, hicieron que me desligara de la situación con la misma rapidez que mi pie sobre el acelerador, fue capaz de imprimirlle al coche.

Eran casi las once de la noche cuando me uní a la larga cola de taxis que esperaban pacientes frente a la puerta principal del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, que tan bien conocía. Varios compañeros reunidos en coros, improvisaban tertulias, pero yo no me moví del coche. No sé si me faltaban palabras o me sobraba tristeza. Y no era cansancio. Estaba lo suficientemente despejado como para trabajar unas horas, tal como había planeado. Mañana volvería a mi turno habitual con horario de día. Mañana todo será mejor, pensé,

No se dio mal la noche y a eso de las cuatro de la madrugada estacioné por la zona de Valdebevas, que es bastante tranquila. Colgué unos pequeños estores en las ventanillas, recliné mi asiento y me dispuse a dormir a pesar del bochor-

no que aún a esas horas se dejaba sentir en Madrid. Esta era mi rutina desde hacía unos cuantos meses y hasta me había llegado a autoengañoso, revistiéndola de normalidad para no aceptar la realidad de mi vida y no tener que dotarla del nombre que mejor la definía: Soledad, pues yo, estaba solo. Y no me refiero a la ausencia física, que también, sino a la sensación de vértigo que produce no saberse en el corazón de nadie, no sentirse al resguardo, calentito en ese lugar especial que te reservan los que te quieren.

Pasaron los días, no me comunique con mi prima ni ella lo hizo conmigo y di por sentado que todo seguiría más o menos igual. De hecho normalmente, no tener noticias suele ser la mejor de las noticias.

Ya estaba planeando mi próximo viaje a Jaén, haciendo coincidir de nuevo con uno de mis días libres, cuando una tarde, estando en plena ruta con una pareja de holandeses recién llegados a Madrid sentados atrás, sonó el teléfono. Era un número desconocido y no contesté. Solía hacerlo así cuando estaba trabajando.

No había terminado de cobrar la carrera, cuando volvieron a llamarme. Esta vez reconocí el número y descolgué. Era mi prima. Ni siquiera me saludó. Con una voz extraña acertó a decirme:

—Hoy ha muerto mamá. O quizás ayer, no lo sé. He recibido una llamada de la vecina, la de la casita de al lado. Me ha dicho que ha intentado contactar contigo y al no poder, ha marcado el otro número de teléfono que encontró pegado con un imán en la nevera y que resultó ser el mío —aquí hizo una pausa para sobreponerse.

Como yo no encontraba mi voz. Ella continuó:

—No sé nada más. La conversación ha sido muy breve. Solo me ha dicho: “Ha muerto su madre, el entierro será mañana. Mis más sentido pésame”.

Y en este punto mi prima no pudo seguir. Su voz se quebró con un sollozo. Solo añadió quizás más para ella que para mí:

—¿Qué hemos hecho?

Puse en marcha el taxi y no paré hasta llegar a mi destino. Todos se condolieron mucho de mí, aunque yo me sentía un traidor. La vecina que nos llamó se acercó y me dijo:

—Madre no hay más que una. E hizo una pausa dramática para continuar diciendo: —Encontramos esto en su mano y he creído que querrían conservarlo.

Sacó de su bolso y me entregó, parte de la hoja recortada de un libro, bastante amarillenta y arrugada, con la letra descolorida, pero que aún podía leerse bien.

Tras finalizar la misa, cuando los pocos conocidos que vinieron al funeral tomaron su propio camino, saqué aquella pequeña hoja del bolsillo de mi pantalón, que parecía quemarme desde que la había guardado allí. Y la leí. Decía así:

*“No sé mucho de la vida.
Pero quien te quiere te cuida,
evita romperte, construye un
puente entre almas,
elige palabras que nunca
hagan daño, enseña las manos
y quiere quedarse.
Sobre todo, quiere quedarse.”*

Vi entonces mi soledad reflejándose en la suya, y como hay ausencias que son tan grandes que no caben en el dolor, en ese momento, aquella tarde a la vez que mi madre y tan solo como ella, yo también morí.

.....

Silenciosa soledad

Jose Angel Morales Quesada

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Capítulo 1

- Buenas tardes, Juan José siéntese por favor.
- Buenas tardes, gracias, Llámeme Juanjo, por favor, me hace más joven, me han dicho que quería verme, usted dirá.
- Llámeme Arantxa si no le importa. Suelo entrevistarme con los usuarios del centro para ver su adaptación, lleva usted aquí casi un mes y me comentan desde su planta que participa poco en las actividades del centro, quería conocer sus inquietudes y ya me dirá si podemos hacer algo al respecto.
- Prefiero la lectura y la fotografía.
- Verá usted, ya sé que las actividades no son obligatorias, pero están diseñadas por profesionales para que mantenga los sentidos en buena forma y es bueno interactuar con el grupo, ni tengo que decirle lo importante que son las interacciones sociales.
- Como usted sabe, por temas familiares me he visto obligado a aparcarme aquí, tiene usted que entender que me tengo que adaptar a mi nueva situación.
- Yo le entiendo, pero no vea esto como un aparcamiento, tiene que comprender que aquí hay una gran variedad de personas, desde muy sanas como usted a persona con en-

fermedades terribles, me imagino que ha conocido la cara más fea del ser humano y como trata la sociedad a las personas mayores en según qué país, usted en lo suyo fue uno de los más grandes, he seguido algunos de sus trabajos y son impresionantes, tengo que decirle que siempre me ha gustado mucho su forma de ver el mundo. Es importante que tanto usted como su familia participe en esta nueva etapa.

- Muchas gracias por el cumplido, pero referente a lo realmente importante, según mis hijas, es demasiado tarde, an-
tepuso el trabajo a la familia y ahora lo sé.
- Pero todos tenemos que trabajar, seguramente no comprendieron su esfuerzo. Usted es una persona mundialmente conocida, me imagino que sus hijas estarán muy orgullosas de tenerlo como padre.
- Mi trabajo me obligaba a estar largas temporadas fuera de casa, aunque es una excusa, el trabajo no me obligaba a nada, era yo el que desaparecía cada vez que me encargaban un trabajo, era mi hobby, estaba enamorado de mi profesión, he sido bueno en lo que hacía o por lo menos le ponía todas las ganas del mundo. No me arrepiento en lo referente a mi vida profesional, pero alguien tiene que pagar las consecuencias y fue mi familia, no les puedo reprochar nada. Ahora comprendo que no puedan hacerse cargo de mí, igual que yo no estuve con ellas cuando me necesitaban, y aquí estoy en esta residencia esperando el día siguiente.
- Lo entiendo, pero nosotros estamos aquí para ayudarle y hacerle la vida lo mejor posible, no dude en trasladarnos sus inquietudes y si podemos hacer algo por usted siempre que esté dentro de nuestras posibilidades, cuente con la

dirección y el personal del centro.

- Muchas gracias, tengo entendido que los internos como yo podemos salir sin ningún tipo de problema.
- Sí, aunque hay una serie de normas al respecto, horarios que cumplir y dejar en recepción alguna información de su salida.
- Hasta ahora lo he hecho así, también me gustaría saber cuando estará terminado el gimnasio y así evitar algunas salidas.
- Espero que pronto, aunque me imagino que ya sabe lo que pasa con las obras, se sabe cuando empiezan, pero no cuando terminan.
- Quiero cerrar el apartado de correos que tengo contratado en la ciudad y centrar mi correo aquí, se lo digo porque estoy esperando una serie de documentos.
- Respecto a eso no hay problema, en recepción le ayudarán con ese tema sin problema, por cierto y antes de que se me olvide, nos ha llamado su hija Lucia, el viernes tiene cita con el neurólogo y pasará a recogerlo sobre las 9 de la mañana, se me había olvidado completamente.
- Me imagino que será para recoger los resultados de las pruebas que me hicieron para descartar el alzhéimer.
- Sobre eso y no quiero adelantar acontecimientos, para algunas enfermedades tenemos una serie de protocolos que se adaptan al usuario, usted no se preocupe.
- Para un tema técnico de la habitación, no me quedó claro si se lo tengo que pasar a dirección o a recepción.
- Esos temas en recepción y por escrito, desde ahí se derivan al departamento de mantenimiento.

- Perfecto, pues voy a preparar la lista que aunque no son muchas cosas, para mí sería importante, aunque llevo tiempo jubilado, siempre tengo algún proyecto en mente y necesito un pequeño estudio en mi habitación, con unos pequeños cambios sería más cómodo para mí.
- No le robo más tiempo, pronto volveremos a hablar y vamos viendo como va su adaptación en nuestra residencia.
- Muchas gracias.

Capítulo 2

Juan Jose llevaba cinco minutos en la puerta de la residencia cuando vio acercarse el coche de su hija Lucia, la más pequeña de sus tres hijas y la única que se prestaba a echarle una mano.

- Buenos días - saludó el padre a su hija al montarse en el coche.
- Buenos días, ¿no te has podido poner la chaqueta marrón que te compró mamá?
- Todavía tengo varias cajas por vaciar, así que no me eches la bronca que es muy temprano para empezar el día discutiendo.
- Llevas razón, es que salgo de casa con los problemas a cuestas.
- ¿El niño otra vez?
- El niño, la hermana del niño, el padre del niño, de todo un poco.
- Si puedo ayudar...
- Déjalo, por favor.

El silencio se instauró en todo el trayecto hacia el hospital.

El neurólogo los invitó a sentarse.

-Buenos días, que tal se encuentra usted.

- Buenos días, la verdad que bien, esperando salir corriendo de aquí.

- Bueno, no le quiero hacer perder el tiempo, ayer yo y el equipo de neurología estuvimos reunidos estudiando su caso, los análisis y las pruebas realizadas tanto en este hospital como las que usted aportó, podemos asegurar que estamos ante la etapa 3 de alzhéimer.

El doctor seguía hablando, pero él no escuchaba, le acababan de confirmar lo que él ya presentía. Después de la muerte de su mujer era la peor noticia que había recibido, miró por la ventana y el cielo se había vuelto de un gris plomizo, se dio cuenta de que su hija le apretaba la mano como tiempo atrás lo hiciera Inés, su mujer.

La cabeza le daba vueltas, miles de pensamientos se arremolinaban en su interior, sentía un escalofrío que le recorría el cuerpo poco a poco, quería salir de ahí, estar solo, porque de eso trata esa enfermedad, de soledad, una soledad interna y vacía, una soledad compartida pero sin empatía, soledad sin recuerdos, soledad silenciosa.

El camino de vuelta a la residencia fue igual de silencioso que de ida, pero sin rencores, sobraban las palabras.

Su hija le acompañó hasta la puerta de la residencia y con un abrazo y un no te preocupes, ya has oído al neurólogo, se despidió de su padre.

Juan José entró en la residencia y justo en la puerta del ascensor estaba sentado en su silla de ruedas, Julián, un

interno de la residencia con la vista perdida, lo apartó con sumo cuidado y este le dijo al notar su presencia, eres tú Anita, eres tú Anita, sin responderle y en silencio entró en el ascensor y subió a su habitación, entró y se sentó en el sillón que estaba orientado hacia el exterior donde podía divisar el magnífico paisaje gracias a un gran ventanal. Se despertó al escuchar el sonido de los carros de la comida, no tenía apetito, pero se obligó a levantarse lentamente. Después de asearse un poco, salió de su habitación

hacia el comedor. Su planta estaba dividida en dos alas, A y B, en el centro de las dos alas se encontraba el comedor, amplio y luminoso. María, una portuguesa que acababa de empezar su turno, le saludó al verle entrar y con una sonrisa le sirvió un buen plato de cocido, le agradeció su atención y comió en silencio.

En poco tiempo el comedor estaba lleno, a los pocos días de entrar en la residencia comprendió que tenía que acudir a primera hora y así evitar el bullicio. Se comía bien en la residencia, había oído varias quejas al respecto, pero a él le gustaba la comida de su nuevo domicilio. Ya en su habitación, de pie, junto al ventanal, observaba a un grupo de aves que marchaban dirección sur, sonó el teléfono, de recepción le comunicaban que los chicos de mantenimiento se encontraban allí para mandárselos y así ver el trabajo que tenían que realizar, tenía pocas ganas de ver a nadie, pero quería aprovechar el tiempo, después de la confirmación por parte del neurólogo sabía que el tiempo no jugaba a su favor.

Al terminar los chicos de mantenimiento les acompañó abajo, les dio una propina y se despidió de ellos, se quedó contento con el trabajo realizado. Se quedó un momento pen-

sativo, no sabía si aprovechar para dar un paseo o subir a la habitación a desembalar el ordenador, los monitores y las cámaras de fotos, se dio cuenta de que cada vez le costaba más tomar una decisión, la voz de una chica a su espalda lo sacó de sus pensamientos, se giró y ella venía hacia él.

- Juan José, le estoy llamando.
- Perdone estaba ensimismado en mis cosas y no me había dado cuenta.
- Mañana a primera hora tiene que estar con Arantxa, la directora.
- Dígame la hora exacta, ya que no sé cuando empieza su horario laboral.
- Entra a las 8 en punto, pero empieza a atender a los usuarios sobre las 9 aproximadamente.
- Perfecto, allí estaré, muchas gracias.

Decidió subir a su habitación y terminar de instalar el estudio. Le costaba trabajo enredar con los cables e intentar que se quedaran lo mejor posible, ya que no le sobraba el espacio, no se dio cuenta de que se había dejado la habitación abierta y se asomó una empleada de su planta.

- Buenas tardes, dentro de media hora en el salón de la planta principal va a empezar el bingo que como ya sabe son dos días a la semana. Dijo de seguido la chica.
- Buenas tardes, la verdad es que no me apetece mucho, estoy un poco cansado.
- Anímese hombre, siempre me dice lo mismo.
- Se lo agradezco, quiero dejar esto terminado.
- Como usted quiera, le dejo con sus cosas.

Se marchó la chica cerrando la puerta lentamente.

El día amaneció frío y lluvioso, Juan José se levantó temprano para ir a la oficina de correos, terminó de vestirse y salió de la residencia sin desayunar para aprovechar la mañana. Entró el primero en correos y le explicó a la chica de la ventanilla que venía a cerrar el apartado de correos, le mandó a una pequeña oficina y le dijo que esperase allí que en breve le atendería, tras cinco minutos de espera entró un chico joven y le saludó por su nombre, a Juan José le extrañó, ya que no lo conocía de nada, le explicó a lo que había venido y al chico le cambió la cara.

- Perdóneme Juan José, pero vino usted con su hija la semana pasada a cerrar su apartado de correos.

Le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, no sabía qué decir, se levantó despacio, se disculpó del chico y se marchó de las oficinas de correos.

Entró en la residencia, no paró desde el centro de la ciudad, decidió venir andando. No se paró ni a desayunar en su cafetería favorita, se dirigía al ascensor para ir a su habitación cuando la chica de recepción le llamó para que se acercara al mostrador.

- Buenos días, la directora le está esperando en su despacho.

Miró su reloj y vio que se le había pasado la hora de la cita con la directora.

- Buenos días, gracias, voy para allá.

Llamó a la puerta de la directora con tres golpes muy suaves y enseguida oyó una voz apagada que le invitaba a pasar.

- Buenos días, siéntese por favor, le dijo mientras le señalaba la única silla que tenía frente a su mesa.
- Buenos días, disculpe la tardanza, se me había pasado completamente.
- No se preocupe, tenía trabajo atrasado, le dijo la directora quitándole importancia.
- Vengo de la oficina del centro y menudo chasco me he llevado, resulta que hacía una semana que había cerrado el apartado de correos, le dijo a la directora a la vez que con una mano se acariciaba la frente.
- Se encuentra usted bien, ¿le traigo un vaso de agua?
- Si por favor, tengo la boca seca.

La directora se levantó y le sirvió un vaso de agua fría, lo puso en la mesa delante de él y dejó una pequeña servilleta.

- Dígame usted que tiene más experiencia, ¿esto es lo que me espera?, perder la noción del tiempo, perder la memoria, mis recuerdos, sea franca conmigo, por favor.
- Esa enfermedad es muy compleja, no a todo el mundo le afecta de la misma manera e intensidad. Iremos viendo poco a poco como evoluciona.
- Qué somos sin nuestros recuerdos, mis hijas, mis nietos, cientos de viajes por todo el mundo, miles de personas a las que he conocido, todo perdido, olvidado. Soledad absoluta, da igual que estés rodeado de miles de personas, pero estás solo. Sin memoria no somos nada.
- Hay personas que mantienen recuerdos de cuando eran niños, pero no se acuerdan de lo que hicieron ayer.
- Hace unos días, entré en el almacén a por el resto de

mis cosas y había 3 cajas con el nombre de la señora que murió la semana pasada y pensé, en esto quedan nuestros recuerdos, en 3 tristes cajas de cartón.

- Tiene que afrontar la nueva situación, es muy importante que siga el tratamiento y realice los ejercicios para la memoria que le indique su médico, hoy hay tratamientos que según que casos ralentiza la enfermedad, como ya sabe no tiene cura, pero hay grandes avances.

Juan José bebió un poco de agua, le sudaban las manos, estaba incómodo, quería salir de ese despacho, le caía bien la directora, pero ese día ya tenía el alma por el suelo.

- Cuando mi mujer falleció me dije que haría lo posible por ayudar a mis hijas y disfrutar de mis nietos, nunca pensé que el tiempo jugaría en mi contra.

- ¿Le puedo hacer una pregunta personal?

- Por supuesto.

- Teniendo usted su vivienda propia, ¿por qué decidió venir aquí?

Aprovechó la servilleta para secarse la frente, la dobló y la dejó al lado del vaso.

- Mi hija lucía, su marido y sus dos niños se vinieron a vivir a mi casa, lo han pasado mal económicamente, así que los invitó a quedarse en casa. Pensaba que me vendría bien, pronto comprendí que no era así. No es que no quiera a mi familia, es que me gusta estar solo, casi siempre he viajado solo y no sabría describirlo con exactitud. Al poco tiempo de estar mi familia en mi casa, no sé, cualquier cosa, cualquier tontería era un problema, entre mis olvidos y mis manías, sumado a los reproches la convivencia se volvió insoportable, así que decidí buscar un sitio cómodo y des-

preocuparme de todo. Encontré esta residencia, me gustó y el resto ya lo sabe usted.

- Verá usted, esta residencia no es una residencia como las demás, es completamente privada y tenemos una política muy abierta y liberal para con los residentes, el nivel de libertad es muy amplio. La enfermedad que le han diagnosticado a usted es muy compleja y nosotros no le pondremos ninguna restricción al respecto, convendría que todos sus familiares tengan toda la información, ya que por la Ley de protección de datos no podremos comunicar nada a nadie sin su consentimiento, necesitamos que nos firme una autorización para poder informar a toda su familia de lo que nos solicite, usted al entrar no firmó esos documentos y ahora, esta nueva situación lo requiere.

- Hoy me he dado cuenta justo de eso, de mi nueva situación. Le firmaré la autorización.

- Intentaré tener una reunión con sus hijas para explicarles su situación, debo comunicarles tanto a usted como a ellas que hay que tomar ciertas medidas a la hora de sus salidas y seguir unas medidas de seguridad preestablecidas y consensuadas por todos.

- No creo que vengan todas, de todas formas avíseme para dicha reunión, aunque ya le aviso que va a ser movida.

- No se preocupe, cuando lo tenga organizado le aviso. Le dijo la directora a la vez que se levantaba de su silla, dando por concluida la reunión.

- Gracias, nos vemos pronto.

Capítulo 3

Lucía miraba a través del cristal, fuera llovía y corría bastante aire, contemplaba como una señora ya mayor luchaba con el paraguas para que no saliese disparado. Había quedado con sus hermanas en la cafetería donde tantas veces había tomado café con ellas, desde su rincón favorito miraba con la vista perdida el ajetreo de la calle, se miró el reloj y pidió otro café, estaban tardando más de lo normal, pero para el tiempo que hacía comprendió que era normal. Andrea con paso ligero estaba cruzando la calle y entró directa a la cafetería y justo detrás de ella entraba Laura.

- Vaya día, dijo Andrea a la vez que se quitaba la chaqueta con soltura,
- Buenas tardes hermanitas, dijo Laura con una gran sonrisa a la vez que se sentaba a la mesa sin quitarse el chubasquero.
- Buenas tardes, respondió Andrea, mientras se arreglaba un poco el pelo, ¿llevas mucho esperando Lucía?
- No mucho, le respondió Lucía mirándose el reloj.

Lucía llevaba más de media hora esperando, siempre le quitaba importancia a las cosas, sobre todo con sus hermanas mayores, al ser ella la más pequeña las respetaba mucho.

Laura levantó la mano para que el camarero la viese.

El camarero se acercó a la mesa para dejar el segundo café que pidió Lucía, le preguntó a las dos hermanas que iban a tomar y anotó en una pequeña tablet las dos consumiciones a la vez que se alejaba de la mesa.

- Bueno chicas, ayer me llamó la directora de la residencia de papá, Lucía fue directa al grano.

¿Y...? Dijo Andrea con tonillo y ladeando un poco la cabeza.

- Pues eso, que me llamó referente a la enfermedad de papá, quiere que tengamos una reunión las tres con papá y ella.

- ¿Y...? Volvió a preguntar Andrea.

- Por qué no nos cuentas tú lo que sabes y nos ahorraremos el paseo, dijo Laura con las dos manos alrededor de la taza caliente que le acababa de traer el camarero.

- Ya veo que no estáis por la labor, dijo Lucía muy despacito, como si temiera que se molestasen sus hermanas.

A ver si lo entiendo, Andrea estaba empezando a levantar el tono a la vez que se arremangaba el jersey, ¿quieres que me implique con una persona que no se ha implicado contigo?

- Hablas de él como si te hubiera abandonado, casi nunca estaba en casa, estoy de acuerdo en eso, pero nunca nos ha faltado de nada, nunca. Hemos ido a los mejores Colegios, a las mejores universidades, que yo sepa ninguna de las tres, hemos tenido que trabajar para pagarnos los estudios, eso ha salido de papá, casi nunca estaba cuando lo necesitábamos, pero también hay que reconocer que nunca nos faltó nada.

Las dos hermanas se miraron en silencio, nunca habían visto a Lucía hablar así, Laura le pasó un clínex a su hermana pequeña al verla llorar por primera vez desde el entierro de su madre.

- Las tres gozamos de una posición muy cómoda, buenos trabajos, buenas casas, bien en lo económico, en lo familiar, etc. ¿Cómo estaríamos ahora si no hubiéramos tenido a papá?, con la larga enfermedad de mamá, os imagináis

ahora una vida así. De verdad que os comprendo, pero a mamá no le faltó nada, los mejores cuidados, los mejores médicos, creéis que no sufría ver a su mujer así. Creo que hemos tenido mucha suerte, no sé el tiempo que le queda, espero que sea mucho, pero no es justo. Yo he pasado como sabéis por un tema delicado y he salido gracias a él.

- A ver hermanita, cálmate un poco y tómate el café que se te va a enfriar, le dijo Andrea a la vez que le acariciaba el hombro.

Esperaron en silencio las dos hermanas viendo como su hermana pequeña se tomaba el café a pequeños sorbos.

- Tú dirás, le dijo Laura viendo que su hermana pequeña estaba más tranquila.

- A papá le han diagnosticado alzhéimer, guardó silencio nada mas decirlo y miró por la ventana para contemplar como la gente corría evitando el diluvio que había provocado, o eso creía ella.

Capítulo 4

La directora del geriátrico estaba en su despacho revisando un curriculum junto a Elena, la psicóloga del geriátrico, para preparar una entrevista de trabajo. Sonó el teléfono, desde recepción, le comunicaban que la chica que estaba esperando acababa de llegar, le dijo que esperase diez minutos y le hiciera pasar.

- Elena, ¿cómo va Juan José? Le preguntó a su compañera dando por concluida la reunión.

- Es una pena, la enfermedad ha avanzado bastante. Le respondió mientras recogía sus papeles.

- Si es una pena, ahora que viene toda su familia, él no puede disfrutar de su compañía. A los pocos meses de estar aquí me comentó lo siguiente sobre su enfermedad: lo malo no es perder los recuerdos, si no la soledad absoluta.

.....

Elvira

Elena Oliva Gómez

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Elvira no marcaba el tiempo con las manecillas del reloj, sino con la luz. La primera marca, su ritual más sagrado, era el momento en que el sol, todavía perezoso y anaranjado, se colaba por la rendija entre las cortinas de su apartamento en el sexto piso. No era una luz vibrante, sino una promesa dorada que apenas rozaba el borde de la alfombra persa que no había desdoblado por completo en veinte años. Su soledad no era una pared recién construida, sino una casa antigua, levantada silenciosamente a lo largo de décadas. Había sido habitada, por supuesto; hubo épocas de fiestas ruidosas, de risas en el pasillo, y de ecos de un amor que prometía una eternidad. Pero, como todas las casas viejas, las personas se habían mudado, y solo quedaba ella, la guardiana de las sombras y el polvo que nadie se atrevía a sacudir.

El café. Ese era su primer compañero de verdad. No usaba cafetera eléctrica. Usaba una vieja moka italiana, que zum-baba y gorgoteaba con una cadencia mecánica, la única voz audible en las primeras horas de la mañana. Mientras esperaba, se dirigía a la ventana. Elvira vivía en el centro de una ciudad bulliciosa, que la hacía sentir aún más invisible. Desde su altura, la calle era una corriente incesante de hormigas que se movían con un propósito febril: parejas discutiendo planes para el fin de semana, hombres de

negocios con maletines que brillaban, madres apresuradas tirando de manos pequeñas. Elvira observaba esto como si fuera un documental sobre una especie ajena. Sabía la trama, conocía a los actores, pero el guion se le había extraviado hacía mucho tiempo. Había aprendido el arte de la observación sin participación. Veía al panadero abrir la tienda de enfrente, al mismo tiempo, todos los días. Veía al hombre del paraguas verde esperar el autobús 42, incluso si no llovía. Eran personajes de su teatro privado. Ella, en cambio, no tenía a nadie esperando. Su horario era suyo y solo suyo. Podía pasar de las ocho de la mañana a las tres de la tarde leyendo el mismo párrafo de su libro favorito, y nadie, absolutamente nadie, lo notaría. Dos cucharadas de azúcar, un chorrito de leche tibia. Se sentaba en su sillón de terciopelo, gastado y confortable, y sorbía lentamente. El aroma era un ancla en el presente. La soledad, para Elvira, no era la ausencia física de otros; era la ausencia del todo. No había un timbre que pudiera sonar, un mensaje que pudiera llegar, una voz que pudiera pedirle algo. Esto, en sus días buenos, era paz; en sus días malos, era un pozo sin fondo.

El apartamento de Elvira era espacioso, pero ella solo habitaba una porción de él. La otra parte, un mausoleo de personas y momentos que ya no existían. El fantasma más persistente era el de Daniel. Habían compartido siete años, siete inviernos, y el proyecto ingenuo de envejecer juntos. Daniel era un arquitecto de risa ruidosa y manos que siempre estaban tocando algo: su pelo, un trozo de madera, la curva de su espalda. Su soledad ahora era tan densa porque la ausencia de Daniel había dejado no un vacío, sino una forma hueca, de su presencia. Recordó una tarde de otoño, el olor a lluvia en el asfalto. Daniel había llegado

empapado, sosteniendo un pequeño girasol deshojado, y le había dicho: "Solo eres feliz cuando ríes fuerte, Elvira. Nunca dejes de hacer ruido." Ella había reído, fuerte, y ese eco de risa, esa promesa de ruido, era lo que más le dolía ahora. Después de que Daniel se fue—no por muerte, sino por la simple presencia de otra mujer— Elvira dejó de reír fuerte. El apartamento se convirtió en un amortiguador de sonido.

Su relación con la familia era casi invisible. Había una hermana en otra ciudad, un par de sobrinos que solo conocía por fotos en redes sociales. El ritual de las llamadas de cumpleaños era una prueba de resistencia.

—¿Cómo estás, Elvira? ¿Sigues trabajando en las traducciones?

—Sí, todo bien. Mucho trabajo.

—Deberías salir, conocer gente.

—Claro, sí, lo haré.

Elvira se daba cuenta de que mentía, pero no por malicia. Mentía porque la verdad era demasiado incómoda para ser pronunciada en una llamada de diez minutos. La soledad se había vuelto su identidad secreta. Revelarla sería exponer una herida que la gente, por muy bien intencionada que fuera, siempre intentaría curar con consejos inútiles. La soledad, Elvira lo sabía, solo podía ser habitada, no curada. También estaba Sofía, la amiga de la universidad, la cómplice de veinte años de locuras. Sofía se había mudado a Europa por amor. Al principio, había videollamadas. Elvira veía la nueva vida de Sofía—el sol brillante del Mediterráneo, la mesa llena de gente—y sentía una punzada. No de envidia. Ella, Elvira, se había quedado anclada, mientras el

mando de Sofía había despegado. Las llamadas se hicieron menos frecuentes, los mensajes más cortos, hasta que se convirtieron en un deseo en Navidad. Un pequeño faro parpadeante que recordaba que la amistad existía, pero demasiado lejos.

Elvira había establecido un conjunto de reglas no escritas para sus interacciones con el mundo exterior. Una vez a la semana, iba al mercado de verduras. La panadería de enfrente ya no era suficiente. Necesitaba el roce, el ruido del dinero, la voz humana.

Su interacción favorita era con la señora Adela, la florista. Adela era una mujer voluminosa, con dedos manchados de tierra y un optimismo brutal.

—¿Qué llevamos hoy, Elvira? ¿Algo alegre?

Elvira siempre compraba las mismas flores: margaritas blancas, pequeñas.

—Las de siempre, Adela.

—Ay, Elvira, siempre la modestia. ¿Por qué no te llevas estas rosas rojas? Mira qué belleza, qué pasión.

—Las margaritas están bien —respondía Elvira, con una sonrisa pequeña y firme, una especie de escudo.

Adela no insistía. Había una gran terquedad floral de Elvira que Adela respetaba. Pero ese breve intercambio era como un ejercicio de respiración para Elvira: inhalaba un poco de la pasión de Adela, de su ruido vital, y lo vomitaba antes de volver a su torre de marfil.

El encuentro más incómodo era con el joven mensajero que a veces le entregaba paquetes de libros. Se llamaba Leo. Leo era torpe, nervioso, y tenía una melena larga y rebelde.

Elvira lo veía a través de la mirilla, y el simple acto de abrir la puerta y tener que estar presente ante él, la agotaba.

—Aquí tiene, señora. Unos tomos pesados. ¿Sigue con la filosofía?

—Traducción —corregía Elvira, siempre con la misma palabra, como si fuera una la monotonía del rosario.

—Ah, claro. Interesante.

Leo, a diferencia de la mayoría de la gente, parecía querer seguir hablando, pero no sabía cómo. Su rostro era un mapa de buenas intenciones. Elvira le pagaba, firmaba rápidamente y cerraba la puerta. El sonido del cerrojo era un suspiro de alivio. La prueba de contacto había terminado.

Una tarde, mientras trabajaba en su escritorio—un enorme tablón de caoba que Daniel había restaurado y que olía ligeramente a barniz y a café—escuchó una discusión en el apartamento de al lado. Era una pareja joven. Las voces subían y bajaban, primero agudas y luego roncas, llenas de la desesperación y la rabia del amor en conflicto.

Elvira se levantó y apoyó la oreja en la pared. Lo que sentía no era lástima, sino una especie de nostalgia por el caos. Su propia vida era tan ordenada, tan pulcra en su silencio, que la pasión violenta de sus vecinos se sentía como un recuerdo de que ella alguna vez había vibrado así, lo suficiente como para romper algo, lo suficiente como para hacer ruido. La soledad, Elvira se dio cuenta, no te priva de los sentimientos. Ella podía sentir la ira, el amor, la melancolía, pero no tenía dónde depositarlos, ni a quién arrojarles la verdad. Eran fuegos artificiales que explotaban silenciosamente dentro de corazón.

La casa vacía se convierte en un personaje más. Elvira había dejado de usar ciertas habitaciones. El comedor, con su mesa para ocho que solo había usado una vez para una cena formal que resultó ser un desastre, era ahora una gran caja de aire frío. La cama de matrimonio era demasiado grande. Dormía acurrucada en un borde, una isla solitaria en un mar de sábanas.

Una noche, Elvira se despertó. No sabía qué hora era, pero la oscuridad era total. Se sentó en la cama, su corazón latía con un ritmo ansioso, sin razón aparente. El silencio nocturno era diferente al silencio diurno; este era un silencio hambriento, un vacío que parecía esperar a ser llenado. Se levantó y caminó descalza hacia la cocina. Encendió la luz de halógeno sobre la encimera. Era una luz dura, de clínica. Abrió el frigorífico. Contenía lo esencial: leche, yogur, verduras para una semana, un trozo de queso manchego. Pero lo que la golpeó no fue el contenido, sino el sonido constante del motor del frigorífico. Era el único ser vivo, pensó, que no se había ido. Una máquina ruidosa, alimentada por electricidad, cuya única misión era conservar la frescura de cosas que ella consumiría en total aislamiento. En ese instante de insomnio, la soledad se presentó no como una tristeza profunda, sino como una verdad matemática. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra el frío mueble de la cocina. ¿Qué temía? No temía morir sola; temía vivir sola, pero con la sensación de que estaba a punto de dejar de estarlo. Temía la farsa. Elvira recordó la vez que su sicóloga, una mujer anciana con gafas de carey y un humor ácido, le había preguntado: “¿Por qué no acepta su soledad, Elvira? ¿Por qué sigue tratándola como una enfermedad?”

En ese momento, la pregunta le había parecido una traición. Ahora, en el silencio de la cocina, le parecía una reve-

lación. Elvira se dio cuenta de que su soledad estaba definida por lo que no era: no era una cena con amigos, no era una mano que la agarraba, no era un mensaje de texto. Pero, ¿qué era realmente?

Era tiempo. Era espacio. Era la libertad de no tener que explicarse a nadie. Era el lujo de que cada objeto en su casa estuviera exactamente donde ella lo había dejado, sin ser perturbado por otra mano, sin ser juzgado por otra mirada. Era, quizás, el único lugar en el mundo donde podía ser totalmente ella, sin el filtro de la expectativa social.

A la mañana siguiente, Elvira no siguió el ritual. No fue inmediatamente a la ventana. El sol prometía un día brillante, pero ella se quedó en la oscuridad parcial de su dormitorio. En lugar de las margaritas, Elvira se fue a la floristería con una misión diferente. Llevaba unos vaqueros, algo raro en ella, y una chaqueta de cuero desgastada que Daniel le había regalado, pero que nunca usaba.

Adela la miró sorprendida.

—¡Elvira! ¡Miras al sol! ¿Y esos pantalones? Te sientan divinos.

—Gracias, Adela —dijo contestó y su voz sonó más fuerte de lo habitual.

En lugar de señalar las margaritas, Elvira se acercó a un ramo de lirios, de un color púrpura intenso. Eran caros, extravagantes y completamente fuera de su carácter floral.

—Me llevo estos, por favor.

Adela levantó una ceja, luego sonrió ampliamente.

—Me encantan. Son dramáticos. Necesitas un poco de drama, Elvira.

—Quizá —dijo, dando un suspiro.

Mientras Adela envolvía los lirios, Elvira hizo algo que no había hecho en años. Extendió la mano y tocó el terciopelo de un pétalo.

—¿Sabe, Adela? —comenzó Elvira. Y dudó. Iba a decir algo sobre las flores. Pero en su lugar, prefirió la verdad. —Vivo sola. Absolutamente sola. Y a veces, el silencio... es insopportable.

Adela la miró por encima del ramo. No había compasión en sus ojos, sino un conocimiento tranquilo.

—Todos vivimos solos, querida. Solo que algunos tienen más ruido alrededor para no escucharlo. No hay nada malo en el silencio si lo llenas con tu propia voz.

Elvira se quedó pensativa. Era la primera vez que verbalizaba esa verdad sin excusas. Pagó las flores y regresó a casa. Subió las escaleras con una rapidez no conocida. En casa, se dirigió hacia el archivo, la mitad que no habitaba. Con un impulso repentino, tiró de la cuerda de la vieja alfombra persa y la desenrolló por completo. Luego, tomó las tijeras de jardinería y cortó la cuerda que ataba las viejas cajas de libros. Los libros, que Daniel y ella habían acumulado, se esparcieron por el suelo.

Elvira colocó los lirios en el centro de la mesa del comedor, en el gran jarrón de cristal que solo había visto el polvo. Su color púrpura oscuro era un desafío para la luz. Luego, se sentó en la cabecera de la mesa, el lugar que nunca ocupaba, y miró los lirios. Estaban solos en el centro de la gran mesa. Solos, sí, pero no perdidos. Eran el punto focal, la única cosa digna de atención en la gran mesa de caoba pulida. Elvira tomó su cuaderno de traducción y la pluma.

Necesitaba trabajar, pero no comenzó con el texto. En su lugar, escribió una sola frase que había leído en un libro ahora olvidado:

“La soledad es el espacio que la vida te da para escucharte sin interrupciones”.

No era una cura. La soledad no se había ido. Se había transformado de una ausencia punzante en una presencia firme, un suelo sobre el que podía construir algo propio. El hilo invisible seguía ahí, pero ahora Elvira sentía que no la estaba atando a nada; la estaba tejiendo consigo misma. Se levantó, encendió la radio en voz baja, y por primera vez en años, puso música. Jazz suave, con un ritmo que llenaba los rincones vacíos de la casa, no con personas, sino con una melodía. Y Elvira, la guardiana de su propia quietud, comenzó a trabajar, con los dramáticos lirios púrpuras como su única y espléndida compañía. No era la felicidad ruidosa que Daniel le había deseado, pero era una paz profunda, su propia melodía.

.....

La cama deambula

José Manuel Pacheco Palacio

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Abro los ojos y me digo lo mismo de siempre ;, habrá que lavar la cara del viejo techo, poco a poco se le va la luz, y le brotan las mismas arrugas que me regala cada mañana el pequeño espejo de la cómoda, esa cómoda que alberga tantos recuerdos como cuadros y fotos almacena. Es temprano, y hace ya un rato que he despertado, y mi cuerpo ya no aguanta más estas posturas que se van quejando a cada movimiento, mis lumbares, mis hombros incluso mis pies, que se van poniendo nerviosos, el mal de los nervios lo llama mi médico, ese que hace un largo tiempo que ya no llama, no sé si se acordará de mi. Ya no hace falta que le visite por los medicamentos, ahora solo tengo que ir a la farmacia, y eso que a veces ellos mismos me lo traen a casa, que atentos son, son buena gente.

Hoy mientras pasaba la bayeta por las fotos he hablado con ellos, mi Javiertxo, es igualito que su padre, el fornido marinero que nos dejó al norte de Irlanda, que santo que era! sus abrazos eran fuertes pero a la vez tan tiernos... sus ojos me besaban, y me decía cosas al oído que ya no logro oír, que no consigo recordar, que no recuerdo su voz, ahora son susurros que se me escapan entre la niebla. Mi mente ya no me dice quien me llamó, ni que me dijo, ni como... me aflijo, y lagrimeo, creo que se han ido borrando poco a poco para que no solloce por momentos o por esas fechas

que no soy capaz de retener, solo a veces tras lagunas lo veo atravesar la puerta con sus fardeles y su olor característico y penetrante a pescado, a veces esos recuerdos se lo cuento a EL.

Mientras limpio el cristal que protege la sonrisa de mi Javiertxo, mantengo largas conversaciones con él, me río mucho, incluso a veces lloro de una felicidad agridulce cuando mis ojos se clavan en los suyos y que en su movimiento estático me dice todo lo que me echa de menos. No suele venir a menudo, su trabajo lo lleva continuamente de aquí para allá, pero de vez en cuando suele llamar. Todo lo que hablamos el y yo, luego se lo cuento todo a El.

Parece muy ajetreado, siempre habla de su trabajo, de cómo hoy está aquí y mañana está allí, no para, tiene suerte, viaja mucho, cuando suele visitarme, que generalmente son festivos por las mañanas, me trae un dulce. Luego se va, porque le espera su mujer y mi pequeño amor.

Tienen que aprovechar el tiempo ya que para poco por casa.

Y esta es Mi Lucía... que cariñosa es! Esta foto es de cuando... No lo recuerdo muy bien, pero esta guapísima, vive lejos con sus dos hijos, a veces se acercan por Navidad, no me deja cocinar, siempre me dice algo... que si ya no tengo mano, que pregunta por mucho por las recetas, cuidado con los cuchillos, pero el caso que siempre lo hace ella, que curioso verdad?

Cuantos platos, cuantos ruidos, cuanta alegría. Miro su fotografía... y charlamos sin parar, me habla continuamente, y ni siquiera me deja contestarle, es tan charlatana.... Las cosas que me dice, es un cielo, no sé si me acordare de todas las conversaciones para luego contárselas a EL.

Hoy he barrido el balcón, estaba limpio, con cada pasada de la escoba tenía la sensación de haberlo hecho ayer, pero qué más da! No bajo mucho a la calle, no ando muy bien, así que hoy he cogido una silla y me he sentado al sol, he llamado a Txuri, pero no ha venido, qué raro... Me ha mirado mi vecina y no me ha reconocido, lo digo porque no me ha saludado, creo que no me ha visto, como a crecido! Se lo tengo que decir a su madre, es como ella...

Desde mi balcón no se ve gran cosa. A veces pienso que es solo una prolongación de mi pequeña alcoba, ese espacio donde las ideas aparecen y se desvanecen tan rápido como las personas que cruzan la calle. Las observo por un momento, y luego desaparecen. Algunas pasan tan deprisa que apenas logro distinguir sus rostros... como ocurrió con mi propio reflejo, con el paso del tiempo, la gente camina muchas tan deprisa sin tener nada que hacer y sin embargo dicen que no tienen tiempo.

Recuerdo el brillo de mi cabello, aunque ya no sé cuándo comenzó a apagarse. Se volvió gris sin que me diera cuenta, como si quisiera acompañar a mis ojos en su nueva calma.

Tan rápida pasa la gente.... Se lo preguntare, como deprisa vaga la vida.

El silencio me hace deambular, me habla, me empuja a caminar por la casa, a veces oigo los gritos y las quejas de los hijos por los pasillos, por las habitaciones. Oigo sus discusiones, y recorro la casa buscándolos, pero solo veo las camas, inertes, calladas, tranquilas, aquellas que soportaban los saltos, que abrazaban los adioses, donde me apoyaba todas las noches para regalar el último beso del día, donde las puertas se cerraban pidiendo la intimad de la noche.

Hoy permanecen abiertas.

Esta mañana me he sobresaltado, ha sonado el timbre de la casa, en realidad no esperaba a nadie, o si? Me he puesto un poco nerviosa, fíjate, e incluso me he colocado el pelo para recibir la visita, pero al llegar a la puerta he oido que no era para mí, era para el vecino, entre risas le he escuchado decirle que se había equivocado de puerta, y se viciaron los nervios de saber quien se acercaba a mi, entendí que la soledad se reia de mi, es una anécdota, sin mas, se lo comentaré a El.

Ayer por fin tire el colchoncito de Txuri mi pequeño, mi gato. Porque no sé porque pero sigo poniendo las latas en el comedero, me ha dolido mucho, se lo dije a EL, y lloró conmigo. Txuri se ponía en mi regazo mientras veíamos la tele, me acariciaba y a veces me miraba extrañado mientras charlábamos sobre los temas de la tele. Por las noches le gustaba dormir a mi lado, lo estraño.

Me ha preguntado si no quiero otro gato, que sería bueno, que charlaríamos, que le tendría que educar,...que aprovecharía las latas y ese comentario nos hizo reír. Es buena persona, le tengo mucho afecto y mucho cariño, me hace reír, lo del gato me lo estoy pensando, Txuri me entendía, A veces mientras yo comía, el pedía comida y yo le daba.

Hoy al comer no lo he oido, solo, el campanilleo de mi cuchara contra el plato, el ruido del sorbo de la sopa, solo veía mi reflejo sobre los azulejos. Hoy veía y oía simplemente a nadie.

Las tardes me envuelven en su tranquilidad. Les tengo miedo. Su calma me absorbe, una calma engañosa, como la del mar en calma, que te observa sin pestañear, Un silencio que llega tras la faena, acompañado de una brisa que susu-

rra algo al oído... como si el mar, tras el expolio, aún quisiera ofrecerte un momento eterno de soledad.

Y en esa tranquilidad y en un pequeño y fino cansancio me recostó en mi viejo sofá Cual me espera para hacerlo todas las tardes.

Y de pronto...sobresaltada por el tono inequívoco y nada repetitivo de mi teléfono..

Hola Izaskun!

Y de repente, las paredes recobran su colorido alegre. Fluye un aire nuevo, se despide la soledad. Mis manos adoptan el mismo color tostado de mi rostro y en mis ojos germina una llovizna de alegría juvenil.

Es Imanol.

El joven atento que me llama cada semana; quien me hace reír con las anécdotas que atesoro en mi pequeña libreta y que solo a él leuento. Él, que me regala su frescura y su alegría. Quien me escucha con la atención de quien ha vivido mi propia vida.

Quien, simplemente, me brinda su afecto, cariño, quien simplemente me regala parte de su vida.

Hola Imanol.

.....

A un ave que no voló

Milagros Pollán Rufo

Kontakizun finalista

Relato Finalista

Esas páginas escritas con pluma de vida y canto, esas páginas amadas de noches de frío llanto, esas páginas escritas con besos de chocolate y puré que se derrama, esas páginas de vida que se escribieron sin luz, entre el trajín de la risa y la esperanza del alba.... esas páginas de amor que se quedaron escritas y que hoy releo en suspiros y soledad mal escrita, pues ya se secó la tinta que tanta vida dejaba.

El tiempo se alarga con tu ausencia, la vida va marcando senderos nuevos para recorrer, más escarpados y hostiles, aunque quizá más cortos para el final.

Se acompaña la vida que transcurre entre silencio y soledad, con espacios breves de ternura y cariño para envolver ausencias, con arrebatos de sol y de alegría cuando el amor se hace presencia, entre besos y abrazos para compensar instantes que vuestro cariño da.

Y mi tiempo tan vívido y cansado, se adormece a la sombra del estío, apurando con ansias el momento, que se encofra en ahora de vivencia intensa, para no olvidar esos recuerdos, que se hicieron vida ... en otro tiempo.

Y me sigue persiguiendo emocionado silencio, cuál estrella que no pierde fulgor entre lo oscuro, recobrando horas para sentirlos luego, cuando diga su adios lo que sólo es recuerdo.

Empezando un nuevo tiempo que va dejando silencios en refugios de nostalgia, para invernar reflexiones en soledad y presagios, qué volverán entre augurios de inéditos despiertares entre ritmos y tonadas. Se despide así el invierno con aromas de pasado, de chimenea y abrigo al amparo de la noche. Deja paso estacional a los colores y flores, a la luz y mil deseos que entre estrellas formularon su fugaz y corto paso.

Entretanto todo fluye río de vida y plegaria, el mundo sigue girando alternando noche y día en inacabable abrazo. Es el cambio que en instantes está rigiendo la vida, los momentos, los segundos, las miradas, las canciones, los silencios, las tristezas, los amores... el espacio que se viste para bailar entre aromas lo efímero de la historia.

Tanta ilusión, tanto esfuerzo, tanto cariño esperándote... y luego llega la niebla que abruma y enfriá tanta esperanza sin ningún mensaje, sin calor y sin presencias. Y cuando el sol se nubla ¿cuándo llega lo oscuro del momento... que hacer para combatir el silencio y la soledad? Ya no hay tiempo de alegría, ni abrazos compartidos, el tiempo fue dejando moho en la ternura entrañable. Y me voy llenando de distancia tejida por el tiempo, y la mirada se va quedando opaca, sin colores, y el fuego se va apagando dejando tímidos escollos envueltos entre grises. ¿Dónde quedaron los besos entre lazo y piruletas ? Margaritas que antes fuisteis un prendedor de sonrisas, hoy solo quedan espinas entre mis flores marchitas. El invierno va arreciando y mis manos ya no encuentran la calidez de tu brisa. El camino se vacía, el camino no termina, y al final de tanto estío ¿llegará la primavera?

La soledad poco a poco se va haciendo compañera de ilusiones e infortunios, te envuelve como la seda confortando

el alma inquieta. La soledad es pasillo que va perfilando rutas, caminos donde perderse, peregrino ensimismado de la quietud del destino, vergel de lluvia y ternura donde reverdece el alma, compañera de silencios donde acompañar el ritmo, para retener momentos que nos va robando el tiempo...

Y me envuelvo en soledad como la madrugada y el día, como la noche y la estrella. Lo que hoy me deja el tiempo tiene sabor de silencio, la lluvia que me acompaña y el viento que me susurra. Queda la bruma que fue y que va ocultando historias que ya solo son recuerdos, fragmentos que se perdieron en el devenir del tiempo, y lo que será mañana tampoco aporta consuelo. Es ahora lo que importa, el momento que me abraza, el instante que en vivencia se comparte cada día. Pero no puedo olvidar lo que atrás se fue dejando, te acompaña, te seduce, te va dejando añoranzas y sentires de lo que fue y abrazaste con tanto amor de los tuyos, con el abrazo del alma, el porvenir es futuro que nunca sabrás si llega, que nunca sabrás si alcanzas.

No puedo mirar al cielo sin sentir la lluvia fría, el corazón silencioso y la noche enmarca el alma. El viento vuela veloz zarandeando las ramas y el árbol tiritá frío pues muy solo se ha quedado. La noche apaga las luces para dormir soledades y tus ojos se marcharon apagando mi esperanza. Sueña la tristeza airada y se enarbola mi llanto, tanto te quise en un tiempo que al marchar nació el lamento. Y susurran las palabras que besaste en mi cara con amasadas caricias entre sueños de esmeraldas. Hoy ausente te recuerdo, como se atrapa un suspiro, cerrando los ojos prietos hasta vislumbrar estrellas, cerca muy cerca del cielo. Y mi beso se me escapa siguiendo tu caminar, pero déjame tu huella o no te podré seguir, perderé la ruta incierta, la que no sabes

si empieza o está en el final del tiempo que guardaste en tu recuerdo.

La soledad se pasea en los remansos del tiempo, y yo la veo pasar desde mi ventana alta, por encima de las ramas que se ondulan en la calma, donde los mirlos se peinan y ronronean picarazas. Siempre camina despacio, pasitos cortos, temerosos y pausados, agarrada al brazo amigo que la cuida y la acompaña. Los semáforos respetan de su lentitud el paso y sigue ajena a quien sigue su camino sin notarlo. Sujeta siempre su bolso, el mismo en invierno y en verano, en primaveras y otoños, es su escudo protector el que retiene el pasado, la acompaña y en su abrazo retiene momentos vacuos. Dentro tiene sus rutinas, coquetas cuando lo fueron, un pintalabios sin uso, un espejo que no mira ni deja reflejo amado, un peine destortalado, sus cositas tan queridas hoy son rutinas perdidas, pero acompañan sus pasos. Hace tiempo eran sus armas para sentirse tan guapa, tan azul en su mirada, con perfume de guirnaldas entre rosas cabizbajas, con su aroma que gustaba esparcir donde ella estaba.

Madruga cada mañana para acudir a ese “cole” donde su memoria aguarda. Pero nunca despereza ni se asoma a saludarla, esa memoria traviesa se escondió y no aparece para sugerir momentos, para acompañar nostalgias, para dejar unas notas que despierten su esperanza. Ella vive en su silencio, se sumerge en mar sin agua, no encuentra de los que fueron su asidero, el nombre que la llamaban, y se enfada cuando siente que el mundo ya no acompaña su interés cada mañana, y su soledad recalca en ese mar de nostalgia, donde se quedó varada la barca del sentimiento.

La soledad va llenando los momentos de la estancia, los re-

covecos del alma entre la quietud del tiempo. Se convierte en compañía, confidente de silencios, ella si sabe guardar de tu vida los secretos. A veces es carcelera que aprisiona los momentos cuando soñabas jugar a ser la dueña del cielo, pero te permite amar, querer y ser muy querido, si la puedes compartir enarbolando cariño.

Se va oscureciendo inquieta, deshaciendo compostura, arrebatando lo inmenso de su silente textura. Se ramifica y divide para esparrcir luz y vida, y ese mar que se deleita se va muriendo en la orilla entre su ansiada presencia. Me llega tras los cristales y siento que aquí es más mía, no comparto su silencio, su blanca estela me llena de armiño y nostalgia el alma, de presentes vivenciados y de futuros inciertos, pero no pierdo el pasado donde dejé anclados mis recuerdos, el tiempo los borrará cuando mi vuelo abandone de mi mirada su imagen, las que fui robando a sorbos de soledad y sentires que siempre estarán commigo. Tiempo que arrasas sin miedo, que desnudas esperanzas y rompes ropas y abrigo, tú seguirás siendo el dueño, pero no podrás con la memoria que fue celadora del destino.

Cuánta esperanza guardada en el cuenco de la vida, cuánto amor se desparrama entre palabras sentidas, cuánta calidez soñada entre el pasar de mil tiempos, entre besos que se añoran y otros muchos que se dieron. La vida es un carrusel de éxitos y fracasos, y lo mejor de tu vida es el saber remontarlos. Que este tiempo que persiste en soledad retenido, sea de dicha y de lucha, de amanecer y comienzo, para seguir superando avatares de la vida, para seguir abrazando el cariño que palpitá y poder sentir el aire, para así ser cada día venero donde quedarse.

.....

Para que no me olvides

Iosu San Martín Labairu

Kontakizun finalista

Relato Finalista

El anciano encontró la llave en el chaquetón, oculta en un pliegue del forro interior.

Sus dedos, más por reflejo que por intención, la atraparon con una torpeza que ya era familiar. La sostuvo por unos instantes entre sus dedos, como si no supiera qué hacer con ella, y luego la dejó sobre la cómoda, junto a un cofre-cillo de caoba con incrustaciones de nácar. En la tapa, una inscripción apenas legible: «para que no me olvides».

La llave no era nueva. Había estado allí, escondida, durante años. Muchos. Y sin embargo, su hallazgo no pareció alterar el ritmo de su vida. Se limitó a sentarse en el sillón junto a la ventana, donde la luz de la tarde se filtraba con pereza, y cerró los ojos. El sonido del viento entre los árboles le bastaba.

Había llegado a la residencia una tarde de otoño, con un maletín de cuero repujado y la mirada de quien ha visto demasiado. El recepcionista, un joven con sonrisa de manual, le preguntó si necesitaba ayuda. Él depositó una libreta de ahorro sobre el mostrador y dijo: «Hasta que llegue». Nada más. Desde entonces, nadie le oyó pronunciar una frase completa. Se comunicaba con monosílabos, gestos breves, miradas que evitaban el contacto. Nunca hizo una llamada. Nunca recibió visitas.

Las únicas salidas eran al jardín, donde pasaba las mañanas sentado en un banco de hierro forjado, junto a una fuente de piedra. El personal lo bautizó como «el banco de Demetrio». Permanecía inmóvil como si esperara algo que nunca llegaba. O a alguien.

De su vida anterior nadie sabía nada. Ni familia, ni amigos, ni historias. Al principio fue objeto de especulación. Algunos decían que había sido marino. Otros, que había trabajado en ferrocarriles. Una auxiliar juraba haberlo visto en una fotografía antigua de un periódico, junto a una mujer con sombrero rojo. Pero con el tiempo, el misterio dejó de importar. Se volvió parte del mobiliario, como el reloj de péndulo del vestíbulo o las macetas del invernadero.

No se le conocían aficiones. No leía, no escribía, no escuchaba música. Tampoco mostraba signos de devoción religiosa ni de interés por las actividades del centro. Participaba en las rutinas de ejercicios diarios con una pasividad casi mecánica. Se dejaba llevar como una hoja en la corriente.

En las noches, a veces murmuraba en sueños. Un nombre: Amanda. Y luego, silencio. Los medicamentos fueron apagando incluso eso. Las pesadillas se volvieron brumas, Los recuerdos, sombras. Tal vez era mejor así.

El tiempo, que no se detiene por nadir, fue haciendo su trabajo. El cuerpo de Demetrio se encogía, se curvaba, se deshacía. Las manos temblaban. Las venas se escondían bajo la piel. Los ojos, antaño vivos, eran ahora pozos sin fondo. Las sienes hundidas, los pómulos salientes, los labios amarillentados, hablaban de una fragilidad que ya no podía ocularse.

Pero su rostro guardaba historias. Cada arruga era una línea de un relato no contado. Cada lunar una estación. Cada ci-

catriz, una despedida. Nadie sabía qué había vivido, pero todos intuían que había amado. Y que había perdido.

Aquél día no empujó la silla de ruedas de su vecino hasta el comedor, como solía hacer. Tampoco se presentó a la hora habitual en la sala de terapia. Se incorporó tarde, con pasos lentos, y se sentó en una esquina observando sin participar. Esbozó una sonrisa cuando alguien le ofreció una pelota de goma, pero no la tomó. Durante la comida, apenas probó bocado. Unas frutas, un zumo, nada más.

Por la tarde deambuló por los pasillos. Sus pasos eran lentos, pero firmes. Como si supiera adónde iba. Se detuvo frente a una ventana y contempló el jardín. El banco, la fuente. El cielo comenzaba a teñirse de naranja. Luego, regresó a la habitación.

Allí, frente a la cómoda, tomó la llave. La sostuvo un instante, como si pesara más de lo que parecía. Luego, con manos temblorosas, abrió el cofrecillo. Dentro, una fotografía ajada, manoseada, donde apenas se distinguía el contorno de una figura femenina. Al mover el cofre, una musiquilla metálica comenzó a sonar. Una balada antigua, de esas que ya nadie canta: «para que no me olvides, ni siquiera un momento...»

Y entonces, los recuerdos despertaron.

Amanda, la mujer de la estación. La de los ojos verdes y risa clara. La que le regaló el cofrecillo antes de partir. «Para que me recuerdes cuando no esté». Le dijo. Y él prometió que lo haría. Que volvería. Que no habría olvido.

Pero la vida, con sus giros crueles, no siempre cumple promesas. Hubo una guerra. Hubo fronteras. Hubo silencios. Y luego, nada.

Las lágrimas brotaron sin aviso. No eran de tristeza, ni de alegría. Eran de memoria. De reconocimiento. De reencuentro. Por un instante, los ojos de Demetrio recuperaron su brillo. Los surcos de su rostro se llenaron de luz. La piel pareció recordar su lozanía. El corazón, su ritmo.

En ese momento de lucidez, comprendió. No podía volver atrás. El cuerpo ya no resistía. Pero el alma, sí. Y eso bastaba.

Se vistió con esmero. Se uso el chaquetón. Colocó el maletín a su lado. Guardó la fotografía en el bolsillo interior de la chaqueta. Se sentó en la cama y esperó. Como aquel día en el banco de la estación.

A la mañana siguiente, lo encontraron así. Sentado, con el chaquetón puesto y el maletín a su lado. En la mano, la foto de Amanda. En el rostro, el reflejo de sosiego.

Nadie lloró. Nadie dijo nada. Sólo el jardinero, al pasar junto al banco, notó que las hojas caídas formaban un círculo perfecto alrededor de lo que fue su sitio. Como si el otoño también quisiera despedirse.

.....



**ADIN NAGUSIKOEN GIZA BOLUNTARIOTZA
VOLUNTARIADO SOCIAL DE MAYORES**

Resurrección María de Azkue, 32 bajo
20018 Donostia – San Sebastián